

CAMBIO DE GUARDIA

Antinatural

Unnatural

Francisco Ramón Pampín-Huerta

No recuerdo su cara, recuerdo que estaba de espaldas cuando miré hacia el interior del box. Debía faltar poco para las tres de la tarde, porque más o menos esa es la hora habitual del pase de enfermería, cuando el personal saliente del turno de mañana cuenta al que entra de tarde los pormenores e información relevante acerca de la jornada que finalizan. Fueron las enfermeras quienes me dijeron que acababa de fallecer. Su médico ya no estaba, solo quedábamos los de guardia. No recuerdo por qué estaba yo solo, los demás debían estar ya comiendo. Tengo su imagen de espaldas, de pie, inmóvil, mirando hacia la cama, con el monitor, el respirador y el resto de artilugios apagados. Alrededor había mucho ruido: las alarmas de otros enfermos, la conversación en voz alta de alguien que decía que había comprado una bicicleta a muy buen precio para su hija... No recuerdo su cara pero recuerdo todos estos detalles absurdos. De su hijo, tendido inerte en la camilla, recuerdo su alopecia por la quimioterapia, la hinchazón, no sé si por el mismo tratamiento o por el exceso de sueroterapia no eliminada por unos riñones que dejaron de funcionar, situación final de una infección grave que triunfa sobre un huésped que agota todos sus recursos para superarla. Siempre he imaginado a estos pacientes como soldados que salen al campo de batalla desnudos y sin armas, con escasos glóbulos rojos que transporten oxígeno a sus tejidos, sin células defensivas con las que combatir los gérmenes que les infectan, sin plaquetas que les permitan dejar de sangrar por los puntos de punción. He de reconocer que en esa época de mi vida los afrontaba con un ánimo pesimista, quizá debido a la inmadurez profesional. Más adelante, con el paso del tiempo, vas almacenando en la memoria aquellos que salen adelante y te dan aliento para luchar por todos.

Sabía que iba a ser duro, pero lo fue más de lo que pensaba, hasta el punto de dejar una cicatriz en mí que conservaré para siempre. Si me hubiera pasado hoy habría sido peor. Con una doble paternidad a las espaldas, identificarme con él habría sido inevitable, ver en su hijo al mío habría sido un reflejo espontáneo. Recuerdo el odio que sentí hacia ese hospital, hacia este trabajo, hacia todos los que en ese momento estaban allí y hacia los que no estaban. Ese padre merecía un silencio respetuoso, un pésame por parte de todos,

un rincón de intimidad donde sentir dignamente su dolor y no estar allí de pie, expuesto a todas las miradas, sin que a nadie le importase nada, a punto de recibir a un médico interno residente en representación de ese hospital y de todos los que se habían esforzado en intentar salvar a su hijo. Cogí un biombo, unas sillas y me acerqué. Poco había que informar. Ya sabía que el fallecimiento era inevitable. Su mujer y él habían estado allí en las últimas horas, pero ahora estaba solo. Coloqué el separador para aislarnos, puse mi mano sobre su brazo y le invité a sentarse.

–Lo siento mucho, le dije.

Estábamos sentados los dos. No recuerdo su cara pero recuerdo que las lágrimas le resbalan por las mejillas sin emitir sonido alguno. No recuerdo haberle dicho nada más. Sé que habló y habló, sin casi mirarme. Sé que tuve incontenibles ganas de llorar. Para no hacerlo, para reprimir mi llanto inminente, apretaba tanto el cuello que me dolía la garganta, con una sensación de tener alrededor de ella un globo hinchado y que mi nuez iba a reventar de un momento a otro.

–Se acababa de sacar el carné de conducir justo antes de diagnosticarle la enfermedad... Estuvo en un equipo de natación, ganó el campeonato autonómico en su categoría hace unos años... Iba a buscar un equipo con el que entrenar ahora que iba a empezar la universidad...

Tenía 18 años, lo recuerdo por lo del carné de conducir y la universidad.

–En los últimos meses nos estuvo preparando para esto, nos decía que no sobreprotegiéramos a su hermano pequeño cuando él no estuviese...

He comprobado en repetidas ocasiones cómo la enfermedad hace madurar a los seres humanos, eliminando por completo todas esas capas de basura con las que nos envuelve la sociedad actual y dejando lo esencial, lo vital, eso que nunca hemos visto de nosotros mismos hasta que tenemos la certeza o la posibilidad de perderlo todo. Sin embargo, sigue sorprendiéndome cómo es capaz de hacer madurar especialmente a niños y adolescentes.

–Mi mujer no quería tener otro hijo, fue por insistencia mía, es 6 años más pequeño que él...

Quería que terminase ya. No aguantaba más. No era capaz de mirarle a la cara porque mis esfuerzos

Filiación de los autores: Unidad de Reanimación y Cuidados Intensivos, Hospital HM Modelo, A Coruña, España.

Autor para correspondencia: Francisco Ramón Pampín Huerta. C/ Virrey Osorio, 30. 15011 A Coruña, España.

Correo electrónico: franpampin@yahoo.es

Información del artículo: Recibido: 31-8-2018. Aceptado: 4-9-2018. Online: 7-10-2018.

Editor responsable: Antoni Juan Pastor.

para contener las lágrimas eran ya vanos. Pero lo peor era ese esfuerzo que me estaba matando de dolor en la garganta, en un intento de evitar la explosión de un llanto que se escucharía en toda la sala, en todo el hospital. Quería que terminase para poder salir corriendo hasta la salida de emergencia que había en una de las esquinas y poder desahogarme en esas escaleras metálicas que usaban para fumar algún cigarrillo furtivo. Por fin terminó. Tampoco recuerdo cómo terminó, pero sé que salí corriendo hacia esas escaleras, mirando al suelo para que no viesen mi cara. Lloré y lloré y volví a odiar todo, ese trabajo, ese lugar, a toda la gente allí presente y a la que no estaba.

En ocasiones, cuando acuesto a mi hijo y me tiendo a su lado hasta que se queda dormido, miro su cara preciosa y me inunda el terror de que una desgracia en forma de enfermedad o accidente me lo arrebatase. Inevitablemente

en ese momento viene a mi cabeza la imagen de ese padre, de pie, solo, mirando hacia el box en el que yacía su hijo fallecido. Afloran en mí esos sentimientos de rabia y tristeza de entonces a los que ahora se añade el miedo, miedo a saber que nada diferencia a ese padre de mí, que ese padre pueda llegar a ser yo en cualquier momento si así lo desea el destino, un destino ANTINATURAL que hace que un padre vea morir a su hijo.

Conflicto de intereses: El autor declara no tener conflictos de interés en relación con el presente artículo.

Contribución de los autores: El autor ha confirmado su autoría en el documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de derechos a EMERGENCIAS.

Financiación: El autor declara la no existencia de financiación en relación al presente artículo.

Artículo no encargado por el Comité Editorial y con revisión externa por pares.